



**Construyamos puentes de fraternidad
en una sociedad fragmentada**

Florida, 14 de abril de 2018



SUMARIO

- I. Nuestra mirada sobre la realidad**
 - 1. Las fisuras que poco a poco nos han ido separando**
 - 2. El trabajo**
 - 3. La familia**
 - 4. El desbalance generacional**
 - 5. El campo y la ciudad**
 - 6. El territorio**
 - 7. El acceso a servicios y el papel de la educación**
 - 8. La convivencia ciudadana**
- II. Discernimos a la luz de la fe**
 - 1. El Dios que cuida de los pobres**
 - 2. Jesús viene a romper los muros**
 - 3. El llamado a vivir la igualdad**
- III. Tender puentes y construir fraternidad**
 - 1. Responsabilidad de todos**
 - 2. Responsabilidades del Estado**
 - 3. Una realidad que nos desafía como Iglesia**



Damos gracias a Dios por la tierra en la que hemos nacido, y por el pueblo que hemos formado. Con sano orgullo, como pastores miramos con afecto esta sociedad plural de la que formamos parte, y en la que la Iglesia, “partera de la Patria”, está integrada desde sus orígenes. ¡Qué lindo ser oriental!

Frente a una realidad que nos preocupa, la fragmentación de nuestra sociedad, escribimos esta carta en primera instancia para los fieles católicos, compartiendo como pastores nuestra reflexión y discernimiento. Además, nos dirigimos también a todos nuestros compatriotas, queriendo ofrecer un aporte, desde nuestra identidad católica, para el imprescindible diálogo social sobre el tema.

Compartimos en primer lugar nuestra mirada como pastores sobre la fragmentación en nuestra sociedad; luego, en un segundo paso, discerniremos esta realidad a la luz de la fe, y por último, presentaremos algunas propuestas que experimentamos como llamado de Dios para nuestra Patria.



I. Nuestra mirada sobre la realidad

“He visto a mi pueblo” (1Sam 9,16)

Es desde nuestro amor a la Patria que, como pastores, nos acercamos a la realidad de la fragmentación que vive nuestra sociedad, y que nos afecta como integrantes de la misma. No nos proponemos realizar un exhaustivo diagnóstico de toda nuestra realidad social. Nuestra mirada es pastoral; con nuestros propios ojos vemos esta dura realidad, con la que entran en contacto además tantos agentes pastorales con los que compartimos la misión: sacerdotes, diáconos, religiosos, catequistas y animadores, que recorren nuestros barrios y nuestros pueblos, las cárceles y los hospitales, compartiendo “los gozos y las esperanzas, las alegrías y las tristezas”¹ de todos nuestros compatriotas.

1. Las fisuras que poco a poco nos han ido separando

Uruguay, ubicado en el continente más desigual del mundo, se destacó tradicionalmente por sus altos niveles de integración social. Durante mucho tiempo nos autopercebimos como una sociedad de “cercanías”, al decir de Real de Azúa, sin grandes distancias geográficas ni culturales, con baja tolerancia a la desigualdad y valores compartidos de solidaridad y altruismo.

Probablemente este legado histórico nos permitió amortiguar los efectos —pero no ser inmunes— a las transformaciones que en lo económico, social y cultural están ocurriendo en todo el mundo, y a otras que nos afectan de modo específico.

Es posible que muchos se pregunten hoy por qué a pesar de las mejoras de los últimos años en los indicadores económicos y del impulso dado a políticas redistributivas, que crearon las condiciones para disminuir el número de familias en situación de pobreza, aún subsisten sectores que no han podido acceder a niveles de vida digna. Nos inquieta que los más afectados continúan siendo los niños, que siga habiendo personas que viven en las calles. También nos cuestiona como país percibir muchos signos de deterioro del relacionamiento social, como el aumento de la violencia en diversos ámbitos: la familia, la educación, las calles, los espectáculos públicos.

Por esto vivimos esta situación con un sentimiento de pérdida, de nostalgia por tiempos pasados. Esto no es malo si nos impulsa a no aceptar pasivamente la actual situación y a buscar alternativas para revertirla, pero puede serlo si nos desalienta y nos paraliza, o nos lleva a aferrarnos a respuestas que funcionaron en tiempos pasados pero ya no son adecuadas para responder al momento presente.

La situación que hoy vivimos es fruto de procesos que, desde hace ya décadas, han venido transformando los principales ámbitos de generación de identidad e inserción social de las personas: el trabajo, las familias, los barrios, los centros educativos. Estos procesos se interrelacionan y se potencian entre sí y afectan de manera desigual a los sectores más vulnerables de la población. Inciden en las oportunidades de generar proyectos de vida sostenibles para todos y en la convivencia, generando distancias, brechas. Por esto muchos utilizan el término fragmentación o fractura social para hablar de esta realidad.

Recorreremos a continuación —sin pretensiones de exhaustividad— algunos ámbitos en los que esta fragmentación se hace más evidente, repercutiendo de manera significativa en este fenómeno a nivel social.

2. El trabajo

El mercado laboral presenta hoy desafíos nuevos, que afectan a la vida de nuestra gente.

El tipo de tareas y formas de inserción laboral están cambiando aceleradamente, planteando la necesidad de desarrollar nuevas capacidades y vínculos. Hay empleos que están dejando de existir y surgen otros con requerimientos diversos, que por lo general implican mayor calificación.

Se ha debilitado la “carrera ocupacional”. Ya no es frecuente que una persona ingrese a una empresa y trabaje en ella a lo largo de toda su vida, logrando aprendizajes y mejoras a partir de un buen desempeño. La inserción laboral no tiene el mismo peso en la definición de la identidad de las personas, y se han debilitado los vínculos laborales como elementos centrales para asegurar la protección social y para generar una red de vínculos y de apoyos en momentos de necesidad. Como ha sido señalado por diversos actores de este sector, algunos de estos factores han contribuido a que se hayan ido perdiendo elementos de una cultura del trabajo.

Quienes van quedando fuera del trabajo estable y formal, ven cada vez más limitadas sus oportunidades, a la vez que no acceden

a diversas prestaciones y son más fácilmente vulnerados sus derechos; sobreviven con trabajos ocasionales, percibiendo cada vez más distante la posibilidad de modificar esa situación en base a su propio esfuerzo. Cuando esta situación se va perpetuando de una generación a otra, se torna cada vez más difícil de modificar². Algunas problemáticas nos preocupan de manera especial: quienes han estado en centros de reclusión, los trabajadores rurales, las personas en situación de calle.

En este sentido, nos preocupa también la realidad de muchos hermanos venidos de otras tierras y que llegan a Uruguay con la esperanza de encontrar aquí nuevas oportunidades. Esta realidad está creciendo silenciosamente, y urge encontrar la manera de acompañar su inserción en nuestra sociedad, así como prevenir cualquier situación de abuso que podrían sufrir (tanto en el ámbito laboral como en otros), a causa de la vulnerabilidad que muchas veces presenta su situación. Estamos seguros de que, cuando comparten nuestra fe, estos hermanos pueden aportar mucho al integrarse a nuestras comunidades cristianas, y que todos ellos, más allá de su credo, pueden enriquecer a nuestra sociedad con los valores propios de sus culturas de origen.

3. La familia

También ha habido cambios en las familias, en su integración, en su estabilidad, en la consideración social. En esta realidad confluyen elementos demográficos y económicos pero también culturales e ideológicos, como los embates que sufre desde

distintas filas la que es definida por nuestra Constitución como “la base de nuestra sociedad”. Si bien sigue siendo el ámbito principal de referencia, de sostén, de construcción de identidad, de preparación para la vida, la familia enfrenta hoy mayores dificultades para asumir estas funciones.

Es en el ámbito familiar donde naturalmente se aprende desde el inicio de la vida a relacionarse con otros a través del respeto, de un amor gratuito e incondicional, a encontrar sentido, a asumir responsabilidades por el bien de otros. Sin embargo, no todas las familias logran cumplir cabalmente su misión, inmersas en las transformaciones e incertidumbres del mundo de hoy. Para las familias que viven situaciones de exclusión social aumenta la fragilidad, y sus posibilidades de cumplir estas funciones sin contar con los apoyos necesarios se debilita.

Nos duele y nos preocupa, particularmente, que en el ámbito familiar se vivan situaciones de violencia y abuso, del que sus víctimas principales y directas son mujeres y niños, pero que nos afecta, y nos interpela, a toda la sociedad.

4. El desbalance generacional

Es un dato evidente, y sostenido hace muchos años, que el mayor número de nacimientos se da en nuestro país en las familias con menores recursos. Los jóvenes con mayores oportunidades educativas y laborales tienden a postergar la edad de procreación y a tener menos hijos.³ Este es un problema que creemos que tiene hondas raíces espirituales, y junto con otros indicadores

(abortos, suicidios, etc.) nos llama la atención sobre la importancia de seguir destacando y promoviendo el valor de vivir una vida con sentido, anunciando la bendición que significa la vida de cada persona para toda nuestra sociedad.

Más allá de estas consideraciones, es también preocupante que la proporción de niños en situación de pobreza —en relación a la totalidad de población pobre— es la más alta de todo el continente. Se han implementado acciones tendientes a modificar esta desigualdad, pero se mantiene a pesar de la reducción de los niveles de pobreza logrados en los últimos años.⁴

Como está ampliamente demostrado, las condiciones de vida durante los primeros años y durante la adolescencia son cruciales para el desarrollo de las potencialidades de los niños y jóvenes, y para su preparación para la vida adulta. Nos preocupa muchísimo que una parte importante de las futuras generaciones de uruguayos esté creciendo con menos oportunidades para desarrollarse plenamente. Una triste muestra de esto la percibimos cuando visitamos los centros del Instituto Nacional de Inclusión Social Adolescente (INISA) o los establecimientos penitenciarios de todo el país: vemos con dolor cómo la mayoría de los jóvenes compatriotas que están allí vienen de los sectores más empobrecidos de nuestra sociedad.

5. El campo y la ciudad

El medio rural y el urbano fueron los dos polos desde los que nuestra Patria se formó y creció: la pradera y el puerto.

No solo desde el punto de vista económico, sino también social y cultural, nuestro país necesita del aporte de los uruguayos que viven en los dos ámbitos.

No pocas veces en nuestra historia este delicado equilibrio ha pasado por momentos de tensión, como los que vivimos en los últimos meses.

El mundo rural es complejo y no está exento de fuertes desigualdades socioeconómica. Presenta dificultades propias de las actividades que lleva a cabo, muy dependientes de variables internacionales, así como de las condicionantes climáticas. En combinación con otros factores que se han ido afianzando a lo largo de nuestra historia (como el centralismo de Montevideo y de las capitales departamentales), nuestros hermanos del campo muchas veces tienen la percepción de que no son comprendidos por quienes viven en las grandes ciudades y por quienes toman decisiones sobre el futuro del país.

Ciertamente en estos momentos no es constructivo un espíritu de división que estigmatiza a quien está "del otro lado", a través de prejuicios o simplificaciones que engañan. Apostamos firmemente a que con la buena voluntad de todos se encontrarán los caminos y las medidas concretas que nos ayuden a construir, cada uno desde su lugar, el Uruguay que queremos.

6. El territorio

Otro de los cambios que se ha venido procesando desde hace décadas es la concentración de la población en espacios cada vez más distantes, según el nivel socioeconómico de los habitantes. Los barrios son cada vez más homogéneos en su composición social.⁵ Las familias de menores recursos han ido siendo expulsadas hacia las periferias de las ciudades, mientras que entre los sectores de mayor poder adquisitivo crece la opción por los barrios privados.

Las personas con vínculos más débiles con el mercado de trabajo, las familias con mayores dificultades para asumir sus funciones y los hogares con mayor número de niños, se han ido concentrando en barrios donde se multiplican las carencias. Se va generando así un progresivo y complejo aislamiento, pues a la situación de pobreza se suma una creciente exclusión.

Lo que comienza siendo una distancia física entre los ciudadanos, se va transformando en distancia social. Ya no se produce el encuentro al ir a hacer las compras, al llevar los niños a la escuela o en la plaza. El conocimiento personal permite ponerle rostro a las diversas situaciones, posibilita la empatía, ponerse en el lugar del otro, comprenderlo, entender las dificultades que enfrenta y genera el deseo de dar una mano, de brindar una respuesta solidaria. Al reducirse las oportunidades de encuentro y reconocimiento, se debilita el sentimiento de pertenencia a una misma comunidad, de compartir un destino común y esto lleva a mirarnos como extraños de los que hay que desconfiar. De hecho, estudios de opinión realizados en los últimos años evidencian un

decaimiento de la confianza interpersonal entre los uruguayos, sobre todo hacia aquellos con los que existen vínculos más débiles o a los que no conocemos.⁶

7. El acceso a servicios y el papel de la educación

La distribución en el territorio ha marcado también una tendencia a uniformizar las características de la población que hace uso de los servicios básicos insertos en los diversos barrios, como los centros educativos y los servicios de salud. En las zonas carenciadas enfrentan una mayor demanda y problemáticas complejas, para las que los recursos disponibles no siempre son suficientes o adecuados. Allí es más necesaria la articulación de las diversas organizaciones para dar respuestas efectivas a situaciones problemáticas en el campo laboral, de la salud, educativo, la vivienda y el hábitat.

Valoramos muchísimo la tarea de tantos educadores que, con un fuerte sentido vocacional y de compromiso social, trabajan con los niños, adolescentes y jóvenes más desfavorecidos. No son pocos los cristianos que, en instituciones de gestión pública o privada, confesionales o laicas, están comprometidos en ese servicio a los preferidos del Reino de Dios.

En la educación, a las dificultades que genera trabajar con una población que mayoritariamente sufre carencias de diverso tipo, se suma la lentitud de gran parte de nuestro sistema para hacer reformas necesarias. No se acompañan así los acelerados cambios del mundo actual, y la educación en competencias hoy requeridas

a las nuevas generaciones. ⁷ Esta situación afecta en forma especial los resultados educativos en los sectores más vulnerables: la distancia en los niveles de aprendizaje de los niños, niñas y adolescentes, así como de abandono del sistema, según la situación socio económica y nivel educativo de la familia, es de los más altos de todo el continente latinoamericano. ⁸

8. La convivencia ciudadana

Como todos estos procesos se van dando en forma lenta y progresiva, sus efectos sobre la integración social pasan muchas veces desapercibidos para la mayoría de los ciudadanos, pero se tornan más visibles cuando sus manifestaciones comienzan a afectar a la convivencia en la vida cotidiana.

El aislamiento y la necesidad de recurrir a diversas formas de supervivencia facilitan el surgimiento de pautas culturales y formas de vida adaptativa. Para quienes viven esta situación el centro está puesto en cómo asegurar el sustento diario. Por otra parte, el consumismo y la valoración socialmente asignada al acceso a ciertos bienes como medios para ganar un lugar en la sociedad, transforman elementos accesorios en necesidades, especialmente entre los jóvenes. Hay quienes se aprovechan de esta situación y buscan obtener beneficio personal impulsando a otros a ingresar en la ilegalidad, a traficar con droga, o a cometer otros delitos como atajo para lograr lo que no se alcanza por otras vías.

El aumento de la inseguridad y la violencia creciente afectan el bienestar de todos: se incrementan las barreras y los mecanismos tendientes a aumentar la seguridad en los hogares y en los comercios. Quienes viven en las zonas más desfavorecidas, además de las carencias de la vida diaria, enfrentan en mayor medida que otros la inseguridad y la estigmatización. Se deposita en ellos desconfianza y sospecha, simplemente por provenir de las llamadas “zonas rojas”, “barrios peligrosos”, y en momentos álgidos hasta se suspenden ciertos servicios básicos por el temor que genera ingresar a ellos.

La fragmentación social no opera solo por la existencia de desigualdades en el acceso a recursos y servicios; también se sustenta y agudiza por la discriminación de los que van quedando “afuera”. Estas personas muchas veces sufren la falta de reconocimiento político y cultural de sus valores y sus aspiraciones, el no ser escuchados y el sentir que se desconfía de su capacidad de superación.

Al fragmentarse el tejido social y comunitario, las redes humanas se debilitan. Quienes tendrían mayores posibilidades de brindar sostén, aportar recursos, y habilitar caminos de salida, no tienen contacto con aquellos que más necesitan recobrar la esperanza de mejorar su situación.

II. Discernimos a la luz de la fe

“Paz, paz al de lejos y al de cerca, dice el Señor; yo lo curaré.” (Is 57,19)

Ante esta realidad, a la que nos acercamos como pastores, queremos discernir a la luz de la fe, buscando en la Palabra de Dios y en la enseñanza social de la Iglesia algunos elementos que iluminen nuestra respuesta.

1. El Dios que cuida de los pobres

“¡Qué bueno y qué agradable el convivir de los hermanos en tanta unidad!” (Sal 133,1). Este verso que cantaban y cantan nuestros hermanos judíos, que probablemente en sus orígenes se refería a la vida familiar, ya en tiempos de Jesús se aplicaba a la unidad de la nación. Realmente, la armonía y la unidad entre los habitantes de un país no solo es “buena”, sino que también es “agradable”, es una aspiración que llena el corazón de quien ama la patria. Así también lo han cantado cantores populares: “Yo tengo tantos hermanos, que no los puedo contar. Gente de mano caliente, por eso de la amistad, con un rezo pa' rezarlo, con un llanto pa' llorar, con un horizonte abierto, que siempre está más allá, y esa fuerza pa' buscarlo con tesón y voluntad”.

En la Escritura vemos cómo Dios guio a Israel para hacer de él un gran pueblo, y para esto le dio normas y criterios sociales bien claros, que incluían atender a los pobres (Dt 15,7-8), y en especial

a algunos sectores más vulnerables en aquella época: viudas, huérfanos, extranjeros (Ex 22,20-22).

Los profetas recordaron al pueblo y a sus autoridades que el culto a Dios debe estar unido a la justicia en el trato con los demás, en particular con los más débiles: “Ayunar es que compartas tu pan con quien tiene hambre, que recibas en tu casa a los pobres vagabundos, que cubras al que veas desnudo, ¡y que no le des la espalda a tu hermano!” (Is 58,7).

Este elemento de la tradición judeocristiana está muy presente en nuestra tradición artiguista: su atención por privilegiar a los más infelices, su cuidado de las viudas, de los grupos más postergados, están claramente expuestos en el conocido “Reglamento” de 1815, del que celebramos hace poco su bicentenario, y en el que se expresa la matriz evangélica del pensamiento de nuestro prócer.

2. Jesús viene a romper los muros

Jesús, la Palabra de Dios hecha carne, mostró con sus palabras y sus obras que el Reinado de Dios, que Él vino a instaurar, rompe los muros de injusta división entre las personas.

Es particularmente reveladora su actitud frente a los leprosos. En su cultura, como en otras de la Antigüedad, quienes sufrían esta enfermedad eran segregados, vivían apartados del resto de la sociedad, y llevaban señales que los marcaban y estigmatizaban (Lv 13,45-46): eran señalados como impuros.

Por esto, la actitud con la que Jesús se encuentra con ellos nos resulta especialmente iluminadora para el tema que estamos abordando. En sus encuentros con los leprosos (p. ej. Lc 5,12-13), Jesús se acerca a ellos, les da la palabra, les escucha, los toca y les devuelve así su dignidad junto con su salud. Nos interpela este llamado a vivir la experiencia del encuentro, que el Papa Francisco expresa sugestivamente como “tocar la carne de Cristo” en los pobres.

Una actitud similar vivió Jesús con otros grupos que en la sociedad de su época eran segregados: los extranjeros, los niños, las mujeres, los publicanos y otros pecadores públicos. El hecho de que Jesús tuviera contacto con estas personas, y que incluso compartiera la mesa con ellas, fue objeto de críticas y provocó el rechazo de muchos de sus contemporáneos.

3. El llamado a vivir la igualdad

En las primeras comunidades, el mensaje de Jesús fue traducido en el deseo de un modo de vida que reflejara este llamado a eliminar todas las divisiones entre las personas. Por eso se decía de ellos que “tenían todo en común” (Hch 2,44) y que no había en la comunidad ningún necesitado (Hch 4,34). San Pablo nos transmite en una de sus cartas lo que probablemente fuera un canto utilizado en la celebración del Bautismo: “ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni hombre libre, ni varón ni mujer, ya que todos son uno en Cristo Jesús” (Gal 3,28). Por los escritos que nos han quedado de esos primeros años de la Iglesia sabemos que hubo un gran esfuerzo por superar las barreras sociales que podían dividir

también a la comunidad: “Ustedes hacen bien si de veras cumplen la ley suprema, tal como dice la Escritura: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Pero si hacen discriminaciones entre una persona y otra, cometen pecado y son culpables ante la ley de Dios” (Sant 2,8-9).

Este sentido de igual dignidad de toda persona humana ha sido un legado del cristianismo a nuestra civilización occidental, que la Modernidad ha transformado en una característica fundamental de la democracia. También es uno de los valores que han calado hondo en nuestra mentalidad oriental, expresado en el dicho criollo: “Aquí naides es más que naides”, y cristalizado jurídicamente en el artículo 8 de nuestra actual Constitución, que ha estado prácticamente invariado desde la primera: “Todas las personas son iguales ante la ley, no reconociéndose otra distinción entre ellas sino la de los talentos o las virtudes.”

III. Tender puentes y construir fraternidad

“Tú levantarás los cimientos de generaciones pasadas, y te llamarán «reparador de grietas», «restaurador de calles donde habitar»” (Is 58,12).

Nos duele como uruguayos y como cristianos, que una parte de nuestros ciudadanos y especialmente muchos de nuestros niños y jóvenes vayan quedando al margen, sin un horizonte claro, sin un proyecto vital en el que encuentren sentido. Nos interpela el deterioro progresivo de la convivencia ciudadana, que no estamos logrando revertir. Nos enfrentamos día a día con hechos de violencia que nos golpean por su crudeza y por el sufrimiento que generan, especialmente los que se dan en el ámbito familiar.

Pero mantenemos una mirada positiva: apostamos a las potencialidades de nuestra sociedad y al bien que está en el corazón de todos los que, con buena voluntad, buscamos un Uruguay mejor. Creemos que el Espíritu de Jesús resucitado despierta lo mejor de cada uno, transforma nuestro interior y suscita gestos de perdón que alientan nuestra esperanza.

Por eso presentamos a continuación algunas propuestas que, más que acciones concretas, quieren ser caminos por los que el Dios de la Vida nos invita a transitar.

1. Responsabilidad de todos

Sin desconocer el rol que cabe al Estado en la generación de condiciones para recomponer la cohesión social, hay dimensiones del entramado social que, para modificarse, requieren la participación activa de toda la ciudadanía. Necesitamos generar un amplio tejido de actores sociales diversos, plurales, complementarios, que estimulen la corresponsabilidad a todos los niveles públicos, privados, comunitarios, que permitan abrir nuevos cauces al desarrollo de propuestas y prácticas integradoras. Por eso valoramos y deseamos que pueda seguir creciendo el trabajo en redes, que integra a los diversos actores que operan en el mismo territorio o frente a la misma realidad.

Como sociedad necesitamos superar la indiferencia, el temor, la percepción de que es un problema de otros, para abrir caminos y espacios de encuentro que ayuden a superar distintas formas de aislamiento. Apostamos por construir vínculos personalizados, relaciones de cercanía y respuestas comunitarias. Esto devolverá a todos las oportunidades de encarar por sí mismos un proyecto de vida y sostenerlo, potenciando sus capacidades, creciendo en autonomía y, a la vez, en solidaridad y apoyo mutuo.

Estas actitudes debemos cultivarlas todos, desde los lugares en que estamos: la educación, los medios de comunicación, las instituciones culturales, las diversas confesiones religiosas. En cada hogar debemos procurar que los niños crezcan con una mentalidad solidaria y corresponsable, abierta y sensible ante la realidad de quienes van quedando al margen.

2. Responsabilidades del Estado

En la enseñanza social de la Iglesia, siempre se ha considerado al Estado con una responsabilidad especial en lo que respecta al bien común de la sociedad:

“Para asegurar el bien común, el gobierno de cada país tiene el deber específico de armonizar con justicia los diversos intereses sectoriales. La correcta conciliación de los bienes particulares de grupos y de individuos es una de las funciones más delicadas del poder público. En un Estado democrático [...] aquellos a quienes compete la responsabilidad de gobierno están obligados a fomentar el bien común del país, no solo según las orientaciones de la mayoría, sino en la perspectiva del bien efectivo de todos los miembros de la comunidad civil, incluidas las minorías.”⁹

Desde esta perspectiva, apelamos a la sensibilidad y al discernimiento de nuestra clase política, así como a la pericia de nuestros técnicos y profesionales en las diversas ciencias sociales, para implementar las políticas públicas necesarias que nos permitan caminar hacia una sociedad cada vez más fraterna.

Frente a las intervenciones sociales existentes o nuevas propuestas que se generen, sería saludable preguntarnos siempre si contribuyen a integrar y a fortalecer a los destinatarios de las mismas, o sostienen y consolidan situaciones de exclusión aunque no sea ese su propósito. No se trata solo de “dar” o de “trabajar para” sino de “trabajar con”, y “trabajar entre”, abriendo cauces para encontrar sentido, recuperar la autoestima, la confianza en la posibilidad de construir con esfuerzo propio y apoyo de otros un destino distinto que haga posible una vida digna para todos.

Valoramos y apoyamos los proyectos sociales que, con esta perspectiva, buscan empoderar a las familias con el objetivo de que puedan cumplir con su misión.

Además, valoramos el esfuerzo que ha realizado el Estado en sus diversos niveles de gobierno, junto con la sociedad civil organizada, para recuperar espacios públicos significativos. Estamos convencidos que nuestras ciudades, plazas, parques, ramblas y otros ámbitos, transformados y pensados como lugares de encuentro, ayudan a forjar una ciudadanía respetuosa y solidaria.

Somos conscientes, por otra parte, de que para reconstruir una sociedad unida tenemos que actuar sobre los procesos que generan la exclusión, y no sólo sobre sus efectos. Más allá de las diversas perspectivas económicas, sociales o políticas que podamos tener, solamente poniendo en el centro al ser humano y su dimensión relacional, el respeto por la dignidad de la persona humana y sus derechos, podremos construir una sociedad integrada y a la vez respetuosa de las singularidades. La situación actual también demanda un cambio de mirada colectiva: ser capaces de generar acuerdos dejando de lado intereses parciales y actuar decididamente y con persistencia, sabiendo que los resultados se verán en el mediano y largo plazo.

3. Una realidad que nos desafía como Iglesia

Como seguidores de Jesús esta realidad nos interpela.

Muchos católicos, a lo largo de la historia, movidos por su amor a Dios y al prójimo, han sido constructores de puentes en nuestra sociedad, contribuyendo a la integración social en diversos campos de acción, tanto individual como comunitariamente. También reconocemos y pedimos perdón a Dios por la participación de cristianos en estructuras sociales injustas.

En nuestras comunidades se da una solidaridad entre aquellas que se encuentran en lugares más favorecidos con las que más necesitan. Pero la fragmentación social repercute creando distancias y desigualdades. Hay algunos hermanos que no tienen conciencia de las penurias que sufren otros, incluso en la misma ciudad o zona.

Hoy los cristianos sentimos más fuerte aún la llamada a ser signo de unidad en el día a día de la vida familiar y laboral, y generar cercanía en el propio barrio. Como habitantes de este país todos tenemos el cometido de crear ciudadanía, lo que supone un compromiso más amplio con la sociedad entera. Para los cristianos que tienen responsabilidades públicas este llamado supone aún un mayor reto para procurar el diálogo y los acuerdos, propios de la sociedad democrática, en la búsqueda de superar la fragmentación.

Apostamos a seguir tendiendo lazos de comunicación y comunión, que permitan una efectiva solidaridad, y a generar estructuras en nuestra comunidad eclesial, que muestren y hagan efectiva esta comunión. Valoramos y alentamos las experiencias que muchos cristianos, y en especial los más jóvenes, realizan y que los ponen en contacto con realidades sociales diversas: misiones,

apostolados, etc. Además del servicio que prestan efectivamente, para muchos estas actividades son ocasión de un cambio de perspectiva sobre la sociedad y sobre la propia vida.

Queremos, a partir de los gestos que realizamos y de las estructuras que generamos, ser signos creíbles del Reino que anunciamos.



Conclusiones

*“El Señor dijo a Caín: ‘¿Dónde está Abel, tu hermano?’.
Contestó: ‘No sé, ¿soy yo, acaso, el guardián de mi hermano?’.
Pero el Señor replicó: ‘¿Qué has hecho?
La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.’”
(Gn 4,9-10)*

Estamos invitados a renovar nuestra mentalidad y nuestro corazón, para cambiar la mirada y ver a todos nuestros compatriotas como hermanos que nos han sido encomendados. Solo a partir de allí, desde este espíritu de fraternidad, podemos sanar realmente las heridas y las divisiones que han ido surgiendo entre nosotros. Este ha sido el estilo con el que hemos salido adelante como nación en los momentos difíciles de nuestra historia, especialmente luego de tiempos de enfrentamiento o división. Desde la fe, la conciencia de ser hijos del mismo Padre fundamenta nuestra mirada hacia el otro como un hermano.

La Iglesia, que ha buscado tener siempre un rol activo en la reconciliación nacional, también ahora quiere “poner el hombro”, junto con todos los compatriotas de buena voluntad. Todos podemos aportar en este proceso, todos estamos llamados a dar pasos personal, comunitaria y socialmente.

Coincidimos con lo que expresó el Papa Francisco dirigiéndose a nuestro pueblo: "ustedes, los uruguayos, [...] con el termo y el mate en la mano, adelante y en salida. Porque ustedes son gente de cercanías, ustedes enseguida resuelven las distancias, lo llevan

en el corazón. Son un pueblo que ama la libertad y, sobre todo, que buscan la justicia y la igualdad de oportunidades".

Recordamos a todos como inspiradora la que ha sido llamada regla de oro de todas las religiones: "traten a los demás como quieren que los traten a ustedes" (Cfr. Mt. 7,12; Tob. 4, 15, Analectas de Confucio 15,23). Jesús llevó hasta el extremo el amor al prójimo con su entrega y nos indica el camino del servicio, el perdón hasta el amor al enemigo.

Encomendamos este camino a nuestra Madre, la Virgen de los Treinta y Tres, ante cuya imagen en Florida los patriotas declararon la Independencia de la Patria. A Ella le confiamos que podamos dar los pasos para que se cumpla el augurio de honda inspiración evangélica expresado por nuestro prócer, José Artigas: "Que en lo sucesivo, solo se vea entre nosotros una gran familia de hermanos".

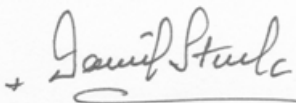
Florida, el 14 de abril de 2018



+ Arturo Fajardo
Obispo de San José de Mayo
Vicepresidente de la CEU



+ Carlos María Collazzi sdb
Obispo de Mercedes
Presidente de la CEU



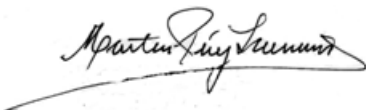
Card. Daniel Sturla sdb
Arzobispo de Montevideo



+ Pablo Galimberti
Obispo de Salto



+ Alberto Sanguinetti
Obispo de Canelones



+ Martín Pérez Scremini
Obispo de Florida



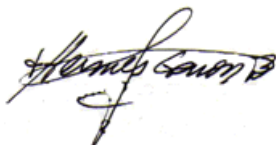
+ Jaime Fuentes
Obispo de Minas



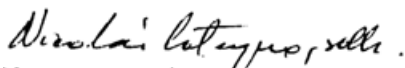
+ Rodolfo Wirz
Obispo de Maldonado-Punta del Este



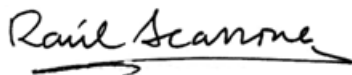
+ Heriberto Bodeant
Obispo de Melo



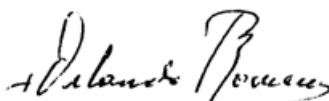
+Hermes Garín
Obispo Auxiliar de Canelones



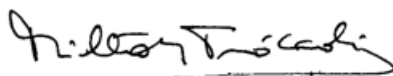
+ Nicolás Cotugno sdb
Arzobispo Emérito de Montevideo



+ Raúl Scarrone
Obispo Emérito de Florida



+Orlando Romero
Obispo Emérito de Canelones



+ Milton Tróccoli
Obispo Auxiliar de Montevideo
Secretario General de la CEU

Citas bibliográficas

¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 1.

² De acuerdo a los datos aportados por el último estudio publicado por el INE la tasa de empleo se estima para el total de la población en 57.9 por ciento. Es menor para las personas pobres (45.5) mientras que la estimación para los no pobres es 13,5 puntos porcentuales superior (58,8%).

La tasa de desempleo se ubica en el 7.9 % para todo el país. “También presenta diferencias entre la población que se encuentra por encima y por debajo de la LP. Para los primeros, la estimación se ubicó en 6,9 por ciento, mientras que para las personas pobres en un 23,9 por ciento.”

“La situación de no registro a la seguridad social no es homogénea entre la población que se encuentra por encima y por debajo de la LP. Para el Total del país, entre los ocupados por encima de la LP, el 22,4 por ciento se encuentra al margen del sistema de seguridad social, mientras que este porcentaje es más del triple en el caso de los ocupados en situación de pobreza : 70,9%”

Fuente: “Estimación de la pobreza por el método del ingreso 2017”. INE. Abril 2018
El estudio citado presenta datos para el año 2017. El martes 10 de abril en un comunicado de prensa el INE dio a conocer, que a febrero del 2018 el desempleo subió a 9.3%. (Se trata del mayor registro desde el 2007).

³Si dividimos la población en cinco tramos (quintiles) según su nivel de ingresos, el 49% de los niños uruguayos viven en los hogares con menores ingresos, el 23% en el siguiente, y solamente el 6% vive en el 20% de los hogares con mayores recursos, según datos de la Encuesta Continua de Hogares del INE, 2014.

⁴Entre el 2006 y el 2016 la proporción de niños pobres menores de 6 años se redujo a más de la mitad (53% a 20.1%) *“Estimación de la pobreza por el método del ingreso 2016” INE, Abril 2017.*

Según el último estudio publicado recientemente por el INE la estimación de personas por debajo de la línea de pobreza sigue bajando (de 9.4% para el 2016 a 7.9 para el 2017) Sin embargo los niños y adolescentes (menores de 18 años) siguen siendo los más afectados por la pobreza. Si se consideran 1.000 niños menores de 6 años, 174 son pobres, mientras que por cada 1.000 personas entre 18 y 64 años, 64 son pobres. Las personas de 65 o más años son el grupo con menor incidencia de la pobreza: cada 1.000 personas 13 no cuentan con el ingreso necesario para poder afrontar la canasta básica alimentaria y no alimentaria.

“Estimación de la pobreza por el método del ingreso 2017” INE, Abril 2018.

⁵“En un período en que la incidencia de la pobreza y la desigualdad medida en términos de ingresos han presentado una continua reducción, no se observa una mejora en los indicadores que miden segregación residencial y más aún, se percibe una tendencia creciente de la misma en términos de educación. Al agudizarse la segregación residencial puede generarse una pérdida de interacción entre personas con diferente nivel socioeconómico y/o educativo. A mediano y largo plazo esto puede afectar la ventana de oportunidad de las personas más pobres al perder espacios de socialización con personas más favorecidas que podrían fortalecer sus herramientas de desarrollo”. INE 20015, en base a Encuesta de Hogares 2014

⁶Estudio Mundial de Valores. “Los valores en Uruguay: entre la persistencia y el cambio” Equipos Consultores. OPP. Ducsa. - 2015

⁷“El 30% de los alumnos no terminan el Ciclo básico de Enseñanza Secundaria. El 60% no completan el Segundo Ciclo. Entre quienes provienen del 20% de hogares con menores ingresos, solo el 7% lo completa, en tanto en el 20% de mayores ingresos un 65% culmina este nivel de formación Los que acceden a la Educación Terciaria son un 13%. *“Informe sobre el estado de la educación en el Uruguay 2014. INEEd. 2014 .* Similares tendencias se aprecian en el *“Informe sobre el estado de la educación en el Uruguay 2015 – 2016” INEEd. 2017.*

⁸ “Al considerar el mediano plazo, se observa que el país ha tenido una dinámica caracterizada por un proceso de ampliación de la cobertura muy lento para todo el ciclo obligatorio. Si bien se han logrado avances, en los últimos 40 años el país solamente aumentó en 2 años el promedio de años de educación alcanzado por los jóvenes de 20 a 24 años de edad; esto es, a un ritmo de medio año de incremento por década. En el mismo período, Chile, Perú y Costa Rica agregaron 4 años al promedio de escolaridad de su población de la misma edad”.

“Informe sobre el estado de la educación en el Uruguay 2015 – 2016” INEEd. 2017

⁹ Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, n169.

